



T R A S D E L A V I S O . . .

Es un hecho innegable, —y que mucho levanta y reconforta los espíritus, —que año tras año la celebración y observancia de los días de Semana Santa, va cobrando en nuestro medio mayor arraigo y amplitud.

Diríase que la sombra benéfica y acogedora de la cruz de Jesucristo, extiende cada año más sus brazos; y va siendo cada vez mayor el número de los que instintivamente se sienten arrastrados a seguir el ejemplo alentador de los que en años anteriores han gozado del amparo espiritual y de la paz de la conciencia que se nos brinda bajo el símbolo de esa cruz venerada.

Quienes trabajan en el ministerio sacerdotal sobre todo en esos días, son los que con toda autoridad y conocimiento pueden informar acerca de este positivo y creciente movimiento religioso, que cada año ha ido requiriendo nuevos refuerzos de personal eclesiástico, por el mayor recargo de incesante trabajo, y por la prolongación cada vez mayor, y sobre toda humana resistencia, de las horas dedicadas a ese trabajo abrumador.

Y al hablar así, no tomamos en cuenta solamente el factor multitudes, que en progresión cada año creciente, —y este año desbordante— han acudido a los templos y a las procesiones públicas. y visitas de “monumentos”.

Ni nos fijamos tampoco en otro factor también cada año más evidente, y que llena de grandísimo consuelo, cual es el orden, seriedad y devoción con que esas ingentes multitudes asisten a los actos religiosos; y la dosis enorme de paciencia y aguante que por razón del mismo aglomeramiento tienen muchas veces que desplegar los fieles de la más variada condición, para poder acercarse a recibir los santos sacramentos de la confesión y comunión.

Es precisamente en esto último, o sea en la recepción de esos santos sacramentos donde tenemos el termómetro que con más segura e innegable precisión nos marca el estado de temperatura espiritual y religiosa de nuestras católicas multitudes en la Semana Santa.

Esa es la base firme, de realidad innegable, donde se apoya nuestra afirmación de que cada año es religiosamente mejor y más numerosa la masa social que celebra la Semana Santa. Porque se trata de multitudes

de hombres y mujeres, de toda edad y condición, que por horas sin fin agotan la resistencia humana de docenas de confesores a quienes acuden en demanda de absolución para sus conciencias contritas; y luego pasan esas mismas personas, desde tempranas horas a formar filas apretujadas en los comulgatorios de todos los templos, donde dos, tres y más sacerdotes, simultáneamente, distribuyen la Sagrada Comunión en un vaciarse incesante de copones.

Pueblo que reconoce sus pecados y busca el perdón sacramental que Dios le brinda; pueblo que se acerca sincero y sencillo a alimentarse del pan espiritual que es Dios mismo, es un pueblo de fe verdadera, sobre quien Dios derramará en tiempo oportuno sus providenciales y generosas bendiciones.

Y aún hemos de añadir otra característica que merece destacarse en estas demostraciones de fervor religioso. Es referente a los hombres, los cuales hace todavía diez, veinte y más años, eran en gran mayoría víctimas de la vergüenza y del temor más inconcebible de aparecer en público templo arrodillándose ante un confesonario o frente a un comulgatorio. Ya todo eso ha desaparecido, y el ejemplo y contagio de los miles de hombres que aun en públicas plazas han practicado sus deberes cristianos, ha servido para que cada año haya ido en aumento el número de los que se incorporan a hacer sus deberes de católicos.

Pero además de todo lo dicho hasta aquí, no podemos en manera alguna desconocer que si este año el número y la piedad de las multitudes que han celebrado la Semana Santa sobrepasó todo lo presenciado en años anteriores, ello se debió en parte notable al sentido de fe y de santo temor de Dios con que nuestra población interpretó los trágicos sucesos que asolaron las costas y playas del Distrito Federal y de otros puntos. Esas inundaciones y derrumbes devastadores los consideró nuestro pueblo, desde el primer momento, como castigo de Dios por la profanación y libertinaje con que muchas gentes se iban a vivir en esas playas durante los días Santos.

Los daños causados fueron grandes, y se temió que pudieran aumentar. Pero, ciertamente, lo ocurrido fué un gran aviso... Salvo el grupo de gentes despreocupadas y apartadas de Dios, que nunca puede faltar, todo lo más sano de nuestra población escuchó la voz de Dios; y esa voz despertó a no pocos que se hallaban algo enfriados o remisos en sus deberes cristianos; y otros muchos se enfervorizaron más para ofrecer a Dios una espontánea y desbordante reparación y satisfacción. Así se repletaron los templos, y se oró tanto y se comulgó como no se recuerda tal vez jamás en nuestra historia.

Tras del aviso de Dios, vino la reflexión y la cristiana compunción. Dios ha debido mirarnos complacido este año, al recibir el homenaje rumboso y sincero de nuestra fe. Afortunadamente, y forzados por las circunstancias, el grupo de los que olvidados de Dios se complacen despreocupadamente en profanar sus días Santos, tuvieron que irse este año a regiones lejanas, de donde no podía llegarnos a nosotros el rumor de sus escándalos, ni tampoco luego las gráficas de sus desnudeces y relajos que cierta prensa se complacía en publicar. Ojalá que esos pobres olvidados de Dios pensaran siquiera un momento que todavía la mano de Dios se mueve sobre el mundo, y que es tiempo de recoger y escuchar el aviso que hace poco nos mandó a todos, y cuyos efectos aún estamos contemplando.

P. P. B.